



REGIÓN

La izquierda uruguaya en su laberinto: el Frente Amplio y sus desafíos

Por **Constanza Moreira**

La senadora uruguaya plantea dilemas y controversias a los que se enfrenta el Frente Amplio luego de la victoria electoral en 2014, con la asunción de Tabaré Vázquez a la presidencia de la República. Entre ellos destacan las áreas de derechos humanos, la política exterior, la política económica y la consolidación de la agenda de derechos que ha avanzado en los últimos años. Moreira esboza ciertos aspectos que figuran en el “haber” de la izquierda uruguaya y que, propone, pueden servir para el acervo de las “buenas prácticas” de la izquierda, tales como la unidad del FA, la tradición laica y de lo público en su país.

En las pasadas elecciones nacionales, celebradas en octubre de 2014, el Frente Amplio (FA) confirmó, una vez más, su condición de favorito en el sistema de partidos de Uruguay. Esta confirmación, que vista de afuera parece “predecible” (un rasgo que a la izquierda latinoamericana le resulta muy apreciable en el contexto turbulento de la región) no lo fue, en cambio, para quienes sentimos que el año 2014 fue “el año que vivimos en peligro”. Y, en efecto, las encuestas pronosticaban a pocos días de la elección la pérdida de la mayoría absoluta que el FA ostenta en el Parlamento desde que ganó el gobierno nacional en 2004 y también una disputa cabeza a cabeza con el candidato del Partido Nacional (PN) en una segunda vuelta. Sin embargo, el FA ganó con holgura, conquistó su mayoría legislativa ajustadamente pero en la misma proporción que en la elección de octubre de 2009 y se impuso en el balotaje con el 52,8% de los votos.

Los errores de vaticinio de las encuestas parecen haber obedecido a una metainterpretación sobre las debilidades de la izquierda uruguaya

y su “aletargamiento” tras diez años en el gobierno nacional y veinticinco en el gobierno de la capital del país. La idea de que el ciclo de la izquierda se estaba agotando y que la derecha daba señales de renovación importante —especialmente a partir del liderazgo emergente de los “hijos” de los líderes conservadores de las viejas generaciones: los Bordaberry y los Lacalle *junior*— indujo a una interpretación errónea de los datos de las encuestas.

Ahora bien, esa intuición no estaba exenta de algún viso de realidad. Los “cuartos” partidos políticos tuvieron esta vez su hora e irrumpieron en la escena política. La izquierda “a la izquierda” del FA: la Unidad Popular (UP) y el Partido Ecologista Radical Intransigente (PERI), ambas escisiones del FA, tuvieron un destaque importante en la campaña, conquistando la UP un escaño en la Cámara de Diputados que hubiera podido duplicarse de haber estado unidos. Por su parte, el Partido Independiente (PI) —cuyo origen descansa en una escisión del FA que se produjo en 1989, y que luego de sucesivas metamorfosis decantó en un partido autodenominado de “centro-izquierda”, aunque en su desempeño parlamentario ha mostrado mayor cercanía a los partidos conservadores— obtuvo por primera vez una banca senatorial. Es dable afirmar entonces que la izquierda ha perdido votos por izquierda y por centro, lo que ha abonado el terreno para el surgimiento de “cuartos” espacios, aumentando el número de partidos y enriqueciéndose ideológicamente el espectro pero sin menoscabar significativamente la condición de partido predominante que ostenta el FA.

Dilemas y controversias

El FA cuenta con siete grupos con representación parlamentaria que se definen todos en el espacio ideológico que va desde la izquierda hacia el centro del espectro. El grupo más poderoso dentro del FA hoy es el Movimiento de Participación Popular (MPP) del ex presidente José Mujica, que obtuvo el 48% de las bancas frenteamplistas en la Cámara de Diputados y el 37,5% en la de Senadores. Aunque la orientación del actual presidente Tabaré Vázquez es más “moderada” que la de su antecesor, el peso del MPP y la reducción del peso electoral y parlamentario de los sectores vinculados al ex vicepresidente y actual ministro de Economía y Finanzas, Danilo Astori, ha inclinado la balanza del FA y del Parlamento un poco más hacia la izquierda. Pero, qué quiere decir izquierda en este contexto es crucial. El *progresismo* en materia



económica a veces va de la mano con un *conservadurismo* importante en materia de derechos, y el *progresismo* en los temas de la nueva agenda de derechos no siempre se acompaña por un compromiso igual en política exterior o distribución del ingreso. La balanza se inclina, en estas controversias, dependiendo del equilibrio político que impere en el FA en el momento y de la coyuntura política de la región. Analizaremos esto en detalle en lo que sigue.

Entre los temas controversiales que enfrenta la izquierda uruguaya se destacan al menos cuatro. En primer lugar, la interna frenteamplista sigue sacudida en el área de los derechos humanos, con avances muy graduales, inacción respecto a un Poder Judicial que defiende la prescripción de los delitos de lesa humanidad cometidos durante la dictadura cívico militar (1973-1985) y con señales ambiguas de algunos altos representantes del Gobierno respecto a los alcances en materia de verdad y las posibilidades de juzgamiento efectivo de los crímenes.¹ La continuidad del actual ministro de Defensa Nacional en su cargo, quien protagonizó algunas de las querellas más duras con las organizaciones defensoras de DDHH, no arroja una perspectiva muy auspiciosa en este sentido.² Y aunque la denominada Ley de Caducidad haya sido anulada, sus efectos continúan vigentes en la medida en que la Justicia considera que los delitos de lesa humanidad perpetrados en dictadura son hoy injuzgables.

1 El ex presidente Mujica expresó desde el comienzo de su gobierno que no quería ver “viejitos presos”, y más recientemente señaló: “Hay una muralla de silencio, desde luego, porque el concepto de verdad está bombardeado por el concepto de justicia. Es muy difícil que si yo les digo a los que tienen la verdad ‘mirá que te meto en cana’, que me diga la verdad; es una contradicción con patas”. Fuente: <<http://www.republica.com.uy/mujica-sobre-los-desaparecidos-hay-una-muralla-de-silencio/499846>>. (Publicado el 27/1/2015, consultado en marzo de 2015).

2 Ante planteos realizados por el Servicio de Paz y Justicia (Serpaj), una organización de larga trayectoria y reconocimiento en la lucha por los derechos humanos en Uruguay, referidos a la dificultad para acceder a información y avanzar en la investigación sobre crímenes cometidos durante la dictadura, el ministro Eleuterio Fernández Huidobro realizó duras declaraciones que encendieron la controversia en la interna del FA. “Es una ONG financiada por las peores fundaciones imperiales (...). Si Serpaj me autoriza a torturar, yo capaz que le consigo información”, expresó el ministro. Fuente: <<http://m.elobservador.com.uy/noticia/294483/huidobro-sobre-serpaj-34si-me-autoriza-a-torturar-capaz-consigo-informacion34>>. (Publicado el 19/12/2015, consultado en marzo de 2015).



Un segundo tema de debate refiere a la política exterior. Durante el primer gobierno del FA (2005-2010) las relaciones con Argentina pasaron por un momento muy difícil, simbolizado por el “corte de puentes”, a propósito de las acciones iniciadas por los ambientalistas de Gualeguaychú ante la instalación de la fábrica de celulosa de la ex Botnia. Ello ambientó la discusión sobre la firma de un tratado de libre comercio con Estados Unidos, que finalmente no prosperó. Pero sobre todo evidenció que la cercanía ideológica con los vecinos no necesariamente era condición suficiente para la buena vecindad. Más que nunca, Uruguay vivió dramáticamente su condición de país pequeño, tomador de las decisiones de los grandes (Argentina y Brasil), y recurrió a sus viejas estrategias: ampliar el horizonte de sus alianzas, diversificar mercados incrementar su diplomacia internacional y sobrevivir a las externalidades negativas de un acuerdo regional lleno de reglas incumplidas, retrasado en la eliminación de trabas aduaneras, sin beneficios adicionales en materia de comercio o inversión, y carente de una perspectiva de “desarrollo regional” inclusiva para los países más pequeños.

El segundo gobierno del FA (2010-2015) inclinó la balanza a favor de la unidad latinoamericana, defendiendo sin ambages a Cuba, Venezuela, Ecuador y Bolivia y priorizando la relación con Argentina. Asimismo, Mujica ha tenido un rol destacado en el concierto internacional con su crítica casi rousseauiana al capitalismo y al consumismo, desempeñando un rol de articulador en conflictos regionales y proyectando un Uruguay de vanguardia en su política de drogas y en la promoción de la agenda de derechos. El debate sobre el alcance y los desafíos de la unidad latinoamericana separa claramente al FA de los partidos de oposición, pero también genera controversia interna. La designación del actual canciller, Rodolfo Nin Novoa, así como la clara adopción por la

El progresismo en materia económica a veces va de la mano con un conservadurismo importante en materia de derechos, y el progresismo en los temas de la nueva agenda de derechos no siempre se acompaña por un compromiso igual en política exterior o distribución del ingreso. La balanza se inclina, en estas controversias, dependiendo del equilibrio político que impere en el FA en el momento y de la coyuntura política de la región.



postura de “regionalismo abierto” en el discurso del presidente Vázquez advierte acerca de la reanudación de un debate que durante el periodo de Mujica parecía haberse clausurado.

Una tercera arena de polémica es sin duda la de la política económica. Aunque existen acuerdos fundamentales en algunos temas tales como el rol de las empresas públicas en el desarrollo, la progresividad de la política tributaria, la importancia del gasto público social para la distribución del ingreso o la necesidad de contar con instrumentos potentes

El debate sobre el alcance y los desafíos de la unidad latinoamericana separa claramente al FA de los partidos de oposición, pero también genera controversia interna. La designación del actual canciller, Rodolfo Nin Novoa, así como la clara adopción por la postura de “regionalismo abierto” en el discurso del presidente Vázquez advierte acerca de la reanudación de un debate que durante el periodo de Mujica parecía haberse clausurado.

para el desarrollo de la economía social, el crecimiento económico sigue asentado en un Uruguay agroexportador basado en la agricultura y ganadería extensivas y dependiente de la inversión extranjera directa. Los precios de los *commodities* y la demanda china han colaborado notoriamente con la expansión de la economía uruguaya (el famoso “viento de cola” que nos impulsa), pero los años que siguen requerirán el auxilio de medidas más profundas en el campo de la competitividad y la producción nacional si se quiere evitar el agotamiento del ciclo crecimiento-inversión-empleo. Las controversias en este campo rondan en torno a dos terrenos disímiles: el del diagnóstico (cuánto más podemos avanzar en materia tributaria, cuánto más podemos aumentar el

gasto público, cuánto más podemos exigirle a las empresas) y el de las preferencias (qué modelo de desarrollo para qué país). Todo esto estará en cuestión en los próximos años.

Finalmente, en cuarto lugar, resta saber si la agenda de derechos que ha tenido enormes avances en el último lustro —despenalización del aborto, aprobación del matrimonio igualitario, regulación del consumo y producción de marihuana, entre otros— se consolidará en este periodo, dadas las disímiles actitudes del mandatario entrante y del saliente en materia de libertades y derechos. En particular, habrá una gran controversia en



el tema de la seguridad pública. La escasa votación por la que fracasó el plebiscito para bajar la edad de imputabilidad penal de 18 a 16 años muestra que existe una antinomia seguridad-derechos que dista de ser nueva en la teoría política moderna. La demanda por un Estado controlador, restrictivo de libertades, dependiente de armas, ejércitos y policías y preso de algún modo a una agenda internacional en la que Estados Unidos continúa teniendo un rol destacado inclina la balanza hacia posiciones conservadoras.

Contribuciones a la agenda de la izquierda latinoamericana

Aunque Uruguay padece sus tensiones propias, vive en forma bastante menos dramática temas que a nuestros vecinos les resultan mucho más tensionantes. Vale la pena tomar nota de estos aspectos que figuran en el “haber” de la izquierda uruguaya y que pueden servir para el acervo de las “buenas prácticas” de la izquierda.

En primer lugar, la unidad del FA sigue fuera de cuestión y el propio partido-coalición muestra que goza de buena salud a despecho de tres problemas centrales: el burocratismo, la desmovilización interelectoral y la falta de renovación generacional. Por un lado, la llegada del FA al gobierno ha significado la creación de una verdadera clase política gobernante que tiende a afianzarse y rotar muy poco, lo que genera presiones por su propia conservación que se convierten en el freno de cualquier impulso. Por otro lado, la dirigencia frenteamplista está envejecida, hay escasa rotación, y la distancia entre militantes y dirigentes se ensancha en todos los sectores políticos del FA, produciendo en la militancia incomprensión, desilusión y retraimiento. La falta de un programa de acción en el periodo interelectoral genera enorme desmovilización en las bases, y la inexistencia de un sistema de formación de cuadros no habla bien de uno de los partidos de izquierda más grandes del continente. La labor de gobierno fagocita personas, ideas y al propio partido. Sin embargo, la solidez de la cultura del acuerdo, la existencia de reglas para el disenso, la recurrencia a largos congresos en pos de la construcción del programa del partido, así como el vigor de los viejos partidos tradicionales que siguen seduciendo aún a la mitad del electorado, generan importantes capacidades de renovación de la política de izquierda. Estas no serán, sin embargo, inmunes a la desaparición de los viejos líderes (Mujica, Tabaré, Astori) en los próximos años. La renovación generacional sigue siendo una tarea imprescindible.



En segundo lugar, al Uruguay le asiste una tradición laica, producto de la fundación misma del Estado nación y de la temprana separación entre Iglesia y Estado que es, últimamente, la responsable por los avances en materia de derechos, especialmente en el campo de la diversidad sexual y de los derechos de las mujeres. Uruguay fue un país de avanzada por ser laico y por su temprana incursión en la modernidad (urbanización, alfabetización y transición demográfica en la primera mitad del siglo XX). Esas marcas de origen, unidas a una década de

La izquierda uruguaya, arrinconada por la exigencia de gobernar lo posible, no ha tenido tiempo ni energía para construir contrahegemonía cultural a la cultura del consumo, al hedonismo y a la indiferencia, centrados en la satisfacción personal y, últimamente, a la apatía política. Allí se anida el huevo de la serpiente de las construcciones políticas y culturales de las generaciones futuras, y sobre esto está todo por hacerse.

gobierno de izquierda, son las responsables por los avances que a una izquierda latinoamericana bastante menos secularizada parecen costarle horrores. Las dificultades de instalar el tema de la despenalización del aborto en América Latina, o la tardía aceptación del divorcio en Chile y Argentina dan buena cuenta de ello. Uruguay da una lección ejemplar en esto: la izquierda latinoamericana debe ser secular y laica o le impondrá frenos de todo tipo a los impulsos de la nueva agenda de derechos.

En tercer lugar, la tradición de “lo público” en Uruguay, luego del fracaso del experimento neoliberal, ha permitido “el retorno de Estado” como actor central en la construcción del desarrollo. Nadie discute hoy el lugar de la educación pública en la formación del capital humano, o la importancia estratégica de las empresas públicas, o la necesaria regulación estatal en la vida económica. Nadie discute hoy la importancia del gasto público social, o la necesidad de una política tributaria que cobre más al que tiene y gana más. Las discusiones se dan acerca de la calidad de los servicios públicos (especialmente educación y seguridad) y sobre la inoperancia de la estructura del Estado para hacerse cargo de la demanda social (la incompleta “reforma del Estado”). Este legado de lo público sobre lo privado y de lo colectivo sobre lo



individual es también una síntesis de la construcción temprana del estado de bienestar durante la primera mitad del siglo XX, reforzada por el triunfo de los gobiernos de izquierda en la última década. Sin embargo, el desarrollo del capitalismo tardío, con sus cambios en los patrones de consumo y expectativas, desafían la cultura de lo público y de lo colectivo permanentemente. La izquierda uruguaya, arrinconada por la exigencia de gobernar lo posible, no ha tenido tiempo ni energía para construir contrahegemonía cultural a la cultura del consumo, al hedonismo y a la indiferencia, centrados en la satisfacción personal y, últimamente, a la apatía política. Allí se anida el huevo de la serpiente de las construcciones políticas y culturales de las generaciones futuras, y sobre esto está todo por hacerse. ●

